

Esclarecimiento de un famoso "truc" un

El caso de la germinación visible de semillas

Desde hace mucho tiempo es corriente en la literatura sensacional o de ficción, aparte de obras especializadas o misteriosas hazañas de los magos orientales las novelas, según o ponen infantiles juegos de manos o descripciones de misteriosos trucos, tan admirados o de habidculos o despreciables mientras cubre la trampa de prestidigitación, se trata de ciertos ensayos literarios, de los para la lectura descansada del «gazine» popular al salir del empleo, a la hora de la pacífica digestión o al «camping».

Uno de los tantos prodigios de los enigmáticos fakires es el de la germinación repentina y a ojos vistas de semillas aparentemente normales o iguales a la más prosaica de este mundo extrasobrenatural.

Con toda la «mise en scène» del caso, cualquier flaco y meditabundo fakir tomaba una maceta ordinaria, sembraba granos de trigo, rociaba estas semillas con agua y después de palabras tan incomprendibles como místicas, pronunciadas con voz cavernosa, aparecían los verdes tallitos.

Desgraciadamente para los creyentes en esas cosas raras, el fenómeno ha sido explicado, muy naturalmente, por el profesor de botánica Gastón Bonnier. Este descubrió, después de pacienzadas investigaciones que si se maceran granos de trigo en agua oxigenada la germinación se adelanta en un modo espantoso. La cosa es a tal punto rápida que debe retirarse las semillas del líquido al poco rato, para que no estalle, de improviso, la envoltura exterior de los granos.

Los fakires posiblemente usaban granos preparados mediante tal procedimiento, los cuales, por medio de rápidos escamoteo, substitúan a los que se presentaban por los «candidatos»; estaba rociar apenas para que se reanudara la interrumpida germinación aparecían, en menos de cinco minutos, los verdes tallitos misteriosos.

Enmendando la plana al Creador

Fabricación de huevos artificiales

cuenta una anécdota que cierto vi-
ero, poco antes de morir, recomen-
a a sus hijos continuaran con la
ustria, pues aparte del ser remun-



aciones hace quince días, nos

Caprichos inéditos

Las tiendas de ortopedia—

Siempre había sospechado yo eso de las tiendas de ortopedia. En su fondo se esconde un señor que ya presumía yo que no era ni doctor ni «ortopiego», ni siquiera farmacéutico.

¿Quién es ese señor que apenas se entrevé detrás de los cuerpos de aluminio, las piernas de muñeco humano desacompujado, los falsos brazos, reliquias de los monstruos de la vida. Al fin me lo acabo de explicar. Los que rigen las tiendas de ortopedia son unos «tomibles políticos» de gran influencia, a los que se deben las guerras.

Todo político sinuoso y enzarzador es que tiene a su cargo el negocio de una tienda de ortopedia. Intento así una nueva explicación de por qué surgen las guerras, las más lejanas a todo romanticismo presumible.

La verdad, la escondida verdad de por qué se agravan las cuestiones entre los pueblos es que los políticos torcidos o impulsivos, tienen el negocio de las grandes tiendas de ortopedia en que un Apolo de yeso sufre todas las vueltas de la ortopedia.

Proyecto municipal—

Los proyectos más fantásticos sufren carpetazo en las cámaras municipales. Parece estar abierto siempre el concurso de arreglos de la ciudad por fabulistas desconocidos.

Recuerdo aquel proyecto que me enseñaron en el Ayuntamiento de Alpon, la ciudad fría e inhospitalaria.

Se trataba de un morador amante del pueblecito y de las bellezas de sus contornos, sólo apreciadas en verano.

Para convertir a Alpon en una Niza invernal, dotaba de calefacción a todas las esquinas de la ciudad, plantaba tres palmeras de fanal en la plaza del pueblo y dotaba de tres docenas de palomas a la plaza de la iglesia.

El molino fantasmagórico—

Los molinos han tenido siempre un alma fantástica completamente en desacuerdo con su modesto cometido de moler trigo en sordida monotonez.

Muchas aceñas imaginarias hay en la literatura, pero yo también he encontrado mi aceña novelesca.

Mi molino es francamente fantasmagórico, fantasmagórico a los cuatro vientos, fantasmagórico hasta el delirio.

Mi molino tiene como suya la tributación más extraordinaria que se conoce, la tributación de las piedras preciosas.

En vez de ser un molino harinero es un molino de piedras preciosas y los poderosos, los que tienen graneros inmensos de piedras preciosas, se las llevan a moler con rumbo de cosechero, con ese rumbo del lujo y de la dilapidación que consiste en triturar y esterilizar lo que es rico y costoso.

Además, la molinera de la aceña fantasmagórica es tan bella que recibo como un presente digno de su gran belleza todos esos sacos de piedras duras y rutilantes.

El molino hace un ruido pavoroso y rechinando en la noche llena de truenos, pero es el pináculo de los molinos, el molino al que no se puede llamar ni fantástico ni imaginario, sino sólo fantasmagórico.

El anillo de boda—

El falsario llevaba un rumboso anillo de boda de esos en que se hinchaba el oro como las nalguillas de los dedos de los niños.

El falsario aun con aquel anillo de boda tan rumboso y que tanto le entusiasmaba a su mujer ver en sus dedos, era un engañamujeres.

Como buen prestidigitador del engaño, todos sus movimientos estaban muy

bien regulados y cuando llegaba el momento que él presentía de que ella le preguntase si era casado, él se tragaba la sortija comprometedor y hasta otra.

Los coches con las cortinas corridas

Al ver pasar un coche con las cortinas corridas siempre se supone que van en él dos enamorados ansiosos de intimidad, pero los que se esconden en los coches de cortinillas echadas son los monstruos de la vida.

Sería horrible descubrir los seres que van encubiertos por las cortinillas moradas, seres amazotados, hechos a empellones, colgados de bellos por todos sitios.

Ellos mismos comprenden que no se puede angustiar a la calle con sus presencias horribles y se esconden tras las cortinas de la Semana Santa.

Pero en esos coches herméticos alguien se esconde además del monstruo tumefacto, la heredera o el heredero.

Hay una muchacha que aguanta la monstruosidad de ellos y un muchacho que aguanta la de ellas, que resultan ser más repugnantes que los propios teratológicos y aberrados próceres.

Se encierran todas las tardes en el coche ahogados por el deseo de la herencia, trabajando bien la chochez y la espinosa naturaleza de los monstruos.

Quizás hay alguna niña azul que llega a tener asco de lo que hace, pero los padres que aguardan ansiosos la incitan a continuar.

El abanico inédito—

El célebre poeta que falleció en la hora pinacular de su producción, no había dejado esa serie de obras que mantienen viva la voracidad de los públicos.

Se habían buscado sus últimas cartas y esas cuartillas que se escribieron en las horas de monotonía y que contienen bordoneos de mosca más que otra cosa.

No había ni un papel inédito más, no valía revolver los baúles y molestar tanto aquellos parientes lejanos que sólo guardaban los primeros palotes del hombre célebre.

Solicitudes, felicitaciones de día de santo, pésames, cartas a su casero, hasta todas sus tarjetas fueron apareciendo como últimos residuos de su vida.

Un silencio angustioso se había hecho después de la última apuntación del célebre poeta.

Todo el público esperaba aún que alguien lo rompiera de algún modo, cuando la nueva revista haciéndose intérprete de aquel deseo anunció unos versos inéditos del excelso lírico.

La nación entera compró el número de la revista.

¡Pero qué versos eran aquellos versos! Los versos peores que se habían leído nunca.

Eran un compromiso de poeta en un abanico de esos que sólo están cubiertos del papel de empapelar abanicos para poesías.

Aquello comprometió la fama del gran poeta. Fué como un golpe de abanico de la suerte, unos de esos golpes de abanico que se reciben en broma pero que algunas veces matan.

Fuente de la Serna



Ciertos filósofos, que muchas veces hablan de lo que no entienden, por el empeño de entenderlo todo, han dicho muy solemnes vulgaridades, pero vulgaridades filosóficas, al tratar del amor.

Todo cuanto acerca de este punto ha llegado a ocurrírseles, es llamar al amor un no sé qué, que nace no sé dónde, lo cual, como cualquiera comprende, es capaz de convencer al más incrédulo.

El corazón y la cabeza pueden considerarse de el cuarto principal y la buhardilla de la casa, el amor es inquilino del primero, y los filósofos habitan la segunda. No conocen al vecino más que de vista.

Desde los tiempos de Homero hasta hoy viene escribiéndose del amor, y la cuestión está intacta.

El último hombre que pereza en el día de la destrucción universal será el último libro de amor. ¿Quién se atreverá, pues, a bolearlos todos para sintetizar la materia?

Los poetas son los únicos que pueden acercarse al conocimiento de esa ciencia, que si es pura, produce a Santa Teresa escribiendo que Satán no sería Satán si fuese capaz de amar; que si es impura, produce a Saff precipitándose desde Léucade porque un hombre la abandona.

Los poetas, en cuyo cerebro y en cuyo corazón hay algo de sobrehumano que los eleva de la región tangible de la mortalidad, son los que pueden hablar de ese sentimiento íntimo, el vuelo hasta el cielo, como le llama Miguel Ángel; santa aspiración de la parte más etérea del espíritu, como dice Jorge Sand; secreto sublime en cuya virtud dos son uno, el hombre y la mujer se funden en un ángel, y el cielo aparece, como ha escrito Víctor Hugo; el arquitecto del mundo, en el sentir de Hesíodo; el perturbador del mundo, en concepto de Baco; el egoísmo de dos, según la magnífica y profunda definición de La Salle.

Solamente los poetas, que reciben en los rayos de la luna raudales de inspiración, comprender lo que dice al alma su melancólica palidez; ellos saben el secreto de la nubecilla que flota, y ven palpar el seno de las flores, y comprenden el vago rumor de la fuente que murmura, y traducen el lenguaje de los ruiseñores y el tiernísimo arrullo de las tórtolas. Ellos son los únicos que han podido decir: «he aquí el amor».

Los filósofos no han sabido por lo regular sino practicarlo y deprimirlo; los poetas no creyentes lo han cantado; los poetas verdaderamente cristianos lo han divinizado.

El cristianismo que ilustra y dignifica cuando en la serie de los siglos toca, elevó también la naturaleza del amor. El amor de las pasadas edades había producido las Fedras y las Didos; el amor santo que brotó de la doctrina salvadora produjo las Magdalenas.

Cuando el sentimiento caballeresco, y más que caballeresco cristiano, brillaba en toda su esplendente majestad, el sentimiento del amor venía a ser tan puro, tan arraigado, que sobre él, como sobre pedestal magnífico, se alzaba el sentimiento noble del más noble patriotismo.

Entonces, como dice un gran escritor, era más fácil amar a una mujer que seducir a muchas.

El amor no era un arte, era una verdad; era la fiebre del alma, y la pasión su delirio.

Un libro acerca de las mujeres es lo mismo que un libro acerca del amor. Mad Stael responde por nosotros.

El amor, que no es más que un episodio en la vida de los hombres, es la historia entera de la vida de las mujeres.

Bajo este punto de vista, el amor, que es de ordinario en el hombre un manantial de felicidad, suele ser en la mujer un manantial de desdichas.

De cada cien hombres, noventa aman por verdadera impresión; de cada cien mujeres, noventa aman por agradecimiento, por tener amor.

Porque el amor en las mujeres es un perfume, que cuando se reconcentra, más se espesa y más se eleva.

Antes han fal-
bres que las mu-
otros la historia
Al que nos a-
las ideas que
medite en la
amor es un niño
juguetes.

Esta es una
nerse en duda
dable que en
hombre juez y

Si fuera po-
de libros en
por incidenci-
servaríamos q-
ya portada se-
bre, hay diez
tada esté en
jer. La h-
Si las mu-
ran más exp-
sa, no estari-
do opinión
tra ellas; ta-
tas, el litig-
todos son fi-
soreos que h-
buyen a em-
se compren-
muy justifi-

Por estu-
los libros-
túan los e-
acaso las i-
ciencia no
libro es el

Por eso
res, y un
a ser fras

El amo-
hay dos
amor: en
mo. Que-
to de vis-
jeres, ha
perdonab-
palabras:
Eso va

Por estu-
los libros-
túan los e-
acaso las i-
ciencia no
libro es el

Por eso
res, y un
a ser fras

El amo-
hay dos
amor: en
mo. Que-
to de vis-
jeres, ha
perdonab-
palabras:
Eso va

Por estu-
los libros-
túan los e-
acaso las i-
ciencia no
libro es el

Por eso
res, y un
a ser fras

El amo-
hay dos
amor: en
mo. Que-
to de vis-
jeres, ha
perdonab-
palabras:
Eso va

Por estu-
los libros-
túan los e-
acaso las i-
ciencia no
libro es el

Por eso
res, y un
a ser fras

El amo-
hay dos
amor: en
mo. Que-
to de vis-
jeres, ha
perdonab-
palabras:
Eso va

Por estu-
los libros-
túan los e-
acaso las i-
ciencia no
libro es el

Por eso
res, y un
a ser fras

El amo-
hay dos
amor: en
mo. Que-
to de vis-
jeres, ha
perdonab-
palabras:
Eso va

Por estu-
los libros-
túan los e-
acaso las i-
ciencia no
libro es el

Por eso
res, y un
a ser fras

El amo-
hay dos
amor: en
mo. Que-
to de vis-
jeres, ha
perdonab-
palabras:
Eso va

Por estu-
los libros-
túan los e-
acaso las i-
ciencia no
libro es el

Por eso
res, y un
a ser fras

El amo-
hay dos
amor: en
mo. Que-
to de vis-
jeres, ha
perdonab-
palabras:
Eso va